

El libro de Zubiri ()*

Hemos tenido la suerte de que Xavier Zubiri haya sobrepasado la barrera de los ochenta años con envidiable vigor intelectual y con una neotenia, que ya quisiera para sí la mayoría de los así llamados “filósofos jóvenes”. Desde hace ya algún tiempo nuestro pequeño gran vasco nos tenía “amenazados” con una obra de mil páginas sobre la Inteligencia sentiente. Acaba de aparecer la primera parte y parece que ya están redactadas las otras dos. *Naturaleza, Historia, Dios* (1942), *Sobre la esencia* (1960), y ahora *Inteligencia sentiente*, son los tres libros sólidos y gruesos, que Zubiri ha publicado con intervalos aproximados de veinte años. Alguna vez escribió que su trabajo iba al ritmo de una oruga. Pero no ha parado; en esos intervalos hay artículos definitivos y los cursos más variados. En 1963 publicó *Cinco lecciones de filosofía*. La primera lección está dedicada a Aristóteles y, a mi entender, es representativa del estilo zubiriano. Cada párrafo ahonda o matiza al que le precede, de modo que renuncia el lector a la sinopsis hasta que termine el capítulo; pero entonces lo que uno siente son ganas de volver a empezar. Aquello es algo con vida “en propio”, algo que se sustenta en sí mismo y que se resiste a ser resumido o sintetizado, aunque el estilo sea reiterativo.

Dice él en el prólogo de la obra que nos proponemos reseñar, que la única idea a cuya explicación se dirige el libro entero, es que “la intelección humana es formalmente mera actualización de lo real en la inteligencia sentiente”. Resbalará aquí también el tipo de lector que considera innecesarias las quinientas páginas de *El ser y*

(*) Xavier ZUBIRI, *Inteligencia sentiente*. Madrid, Alianza Editorial y Sociedad de Estudios y Publicaciones, 1980, 288 pp.

el tiempo, de Heidegger, para explicar que el hombre es ser-para-la-muerte. En esta obra Zubiri afila y sistematiza algunas ideas fundamentales ya clásicas en él. Los diez capítulos están dedicados al análisis pormenorizado del acto, estructura y modo primario de la intelección sentiente: la aprehensión primordial de realidad. Las elaboraciones teóricas pertinentes vienen dadas en ocho apéndices.

Es obligado advertir desde el principio que Zubiri filosofa en castellano. Compadézco a quienes tengan que traducir este libro a esas lenguas de las que tanta filosofía hemos traducido nosotros, porque, por ejemplo, para nuestro filósofo lo real no "es" sino que "está" (p. 140). Con Unamuno, Ortega y Zubiri, el español ha adquirido el rango de lengua filosófica. Esa lucha zubiriana con el lenguaje, inevitable cuando se quiere decir en él algo que no había sido dicho (con la excepción tal vez de Descartes y su *Discurso del método*), queda reflejada en decenas de distinciones, a veces muy afortunadas: religión y religación; reidad y realidad; actuidad y actualidad (hace no muchos años los virus tenían actuidad, pero no tenían actualidad, p. 138); sustancialidad y sustantividad; personeidad y personalidad (yo soy siempre el mismo, aunque nunca soy lo mismo, p. 273). Tampoco falta algún abuso, como "verdear"... Pero seguramente las expresiones más típicamente zubirianas son: formalización (e hiperformalización, como estructura rigurosamente anatomofisiológica; algo de lo que se puede enfermar); habitud (modo de habérselas con las cosas), y el "de suyo" (originada en la traducción del "per se" escolástico).

Nadie ha sacado tanto jugo como Zubiri a la expresión "tono vital", si bien se la puede encontrar ya en *La rebelión de las masas*, de Ortega. En el capítulo cuarto del ejemplar que yo tengo, está anotado a lápiz: por aquí andan Heidegger, Sartre y Zubiri. Y es de raíz orteguiana esa peculiar concepción biológica de la inteligencia, que subyace a su índole de radicalmente sentiente.

Trátase nada más y nada menos que de ser más aristotélico que Aristóteles mismo y superar el secular dualismo entre inteligir y sentir, oponiendo la inteligencia sentiente a la clásica inteligencia concipiente. Le parece radicalmente falso el célebre aforismo: nada hay en la inteligencia que antes no haya estado en el sentir, excepción hecha de la inteligencia misma. Tanto esta afirmación, como la integración kantiana de pensamiento y sensibilidad, expresarían

a lo sumo el carácter de la inteligencia sensible, mientras que en realidad toda intelección es no sólo sensible, sino sentiente. Intelligir y sentir son tan sólo dos momentos de un único acto (p. 81). Hasta el punto de que los distintos sentidos originan distintos modos efectivos de intelección: videncia, auscultación, aprehensión frutiva, rastreo, tanteo, tensión dinámica, orientación en la realidad e intimación con lo real (p. 105). Por otra parte, los diversos sentidos no están meramente yuxtapuestos entre sí, sino que, por el contrario, se recubren total o parcialmente sus modos de presentación de lo real, y esto explica perfectamente la distinta manera de habérselas con lo real, que tiene el ciego de nacimiento y el ciego que ha sido vidente.

Quiero detenerme en dos tópicos que considero decisivos: la distinción entre animal y hombre, y el problema de las cualidades sensibles. Me parece que en ambos asuntos la filosofía zubiriana cumple una gratificante función mediadora entre el sentido común (o "buen" sentido) y la ciencia.

El hombre de la calle piensa que hay colores reales. La ciencia y la filosofía moderna dicen que se trata de cualidades subjetivas. Zubiri media, defendiendo que los colores percibidos son realidades, es decir, las cualidades no son subjetivas, aunque no sean realidades "allende" la impresión. Si desaparecieran los animales videntes y quedarán sólo los topos, desaparecerían los colores reales; no desaparecerían meramente unas afecciones impresivas, sino que desaparecerían realidades. Lo real puede serlo "en" la impresión o "allende" la impresión. Diré de paso que al hablar, con la competencia que él sabe hacerlo, de la peculiar realidad de las partículas elementales, que se emiten y absorben como corpúsculos y se propagan como ondas, me ha sido inevitable pensar en las mónadas leibnizianas. El siglo XX es una continua alusión a Leibniz.

Aunque la teoría evolucionista ha llegado a todos los rincones, el hombre corriente sigue intuyendo una diferencia específica entre el hombre y el animal. Por el contrario, la ciencia y algunas filosofías contemporáneas creen que la diferencia, si bien grande, no pasa de ser gradual, limitándose a suspender el juicio o a titubear a la hora de señalar el rubicón entre la mera animalidad y la racionalidad. Para Zubiri la diferencia es esencial y consiste en que el hombre es animal de realidades. Por ser animal hiperformalizado, el

hombre no sólo no se limita como los demás animales a aprehender los estímulos como meros signos objetivos, sino que necesita aprehenderlos como realidades, esto es, como algo que es “de suyo”, y que por lo tanto es algo total, coherente y durable (p. 240). El animal tiene garantizado el ajustamiento de las respuestas a los distintos estímulos, pero en el caso del animal humano, dada su hiperformalización, si sus estructuras sentientes no fueran unitariamente acompañadas de inteligencia, sería tal su aturdimiento, que sencillamente no sería viable. No puede limitarse a seleccionar biológicamente las respuestas, sino que tiene que elegir las intelectivamente. Y esto sólo es posible, porque la misma hiperformalización que le determina a estar sintiendo, le posibilita hacerlo distanciadamente, captar el estímulo como algo totalmente despegado de él (p. 70).

No puedo menos de recordar aquí aquella página de *El puesto del hombre en el cosmos*, en la que Max Scheler, estimulado por las experimentaciones de Köhler con chimpancés en Tenerife, escribe que “el hombre es el ser que sabe decir no”, esto es, el único animal que puede intercalar entre él y los estímulos que le llegan o sus propios impulsos, una negación. Como se ha dicho frecuentemente, y en especial para dar cuenta y razón de los estudios de E. G. Vatsuro, también con chimpancés (que no conseguían descubrir que la misma agua que sirve para mojarse, sirve también para apagar una llama), el animal humano es capaz de utilizar lo que desde Pavlov viene llamándose “el segundo sistema de señales”. Pues bien, ese distanciamiento que Zubiri encuentra como momento esencial a todo acto de intelección, es lo que posibilita estas pautas tan peculiares de comportamiento. Y la ironía, que también le está reservada, supone asimismo ese “estar despegado”.

En su habitud el animal está abierto a un medio, pero solamente el animal humano está abierto a un mundo: el mundo de lo real. Sólo en el sentir intelectual las cosas sentidas “quedan” exhibiendo la fuerza de la realidad. Pienso que si el animal pensara, defendería una concepción en línea con el acosmismo de Berkeley. Para él, el ser se reduciría a puro ser sentido. No sólo cuando saliera el tren dejaría de haber estación, sino que aún cuando el tren estuviera detenido en ella, la estación le estaría presente en cuanto puramente sentida, pero nunca sentida como algo “de suyo”, que le impresio-

nara con la fuerza de lo real en la presentación y aún le siguiera “pesando” en la lejanía.

Espero con ansiedad las seiscientas páginas restantes, dedicadas al logos sentiente y la razón sentiente. Y, por qué no decirlo, también con unos miligramos de maliciosa curiosidad por ver cómo soslaya Zubiri un par de graves dificultades que yo me sé, con las que tropezó Aristóteles en el intento de superar el dualismo platónico. Ver, por otra parte, si desde la inteligencia sentiente es capaz de elaborar una teoría de la ciencia que explique tanto como la kantiana. A Kant, pienso, no se le puede reprochar el pasarse horas estudiando el movimiento de los músculos de la mano en lugar de abrir la puerta. La puerta ya la había abierto Newton.

Es sabido que Zubiri renunció a su cátedra y que la televisión no ha conseguido ponerlo en imagen más de dos o tres veces, y ello, supongo, a traición. Como se ve, todo lo contrario de los políticos, sofistas y cantamañanas. El prefiere mantenerse fiel a nuestra condición —son sus palabras— de seres instalados modestamente, pero irrefragablemente en la realidad, y se dedica a arrancarle con rigor algunas esquirlas al menos de su intrínseca inteligibilidad.

Se ha dicho que cuando alguien pueda divisar la tierra desde la profundidad del universo, apuntará a ella diciendo: ahí, en ese puntito vivió Einstein. Por analogía me atrevo a decir que si alguien está contemplando “sub specie aeternitatis” nuestra actual España renqueante, dirá: y sin embargo, ahí es donde discurre Zubiri. Uno, que en lo de ser provinciano iguala al mismísimo Kant, no ha tenido la dicha de conocerle personalmente, pero quiere concluir estas anotaciones deseándole una feliz década al ejemplar maestro.

MAXIMILIANO FARTOS MARTINEZ